

## LOS CONVENTOS DE FRANCISCANOS Y CAPUCHINOS EN LA DEFENSA DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA.

**Luis Longás Otín,**

*Superior de los Capuchinos de San Antonio de Zaragoza*

Pº Cuéllar 10-18

50006 ZARAGOZA

[dirmensajero@teleline.es](mailto:dirmensajero@teleline.es)

[www.santuariosanantonio.com](http://www.santuariosanantonio.com)

### **Introducción.**

La historia de Zaragoza se llenó de fama universal con el gran acontecimiento de los Sitios a que fue sometida por las tropas napoleónicas, a principios del siglo XIX.

El 24 de mayo de 1808 llegó a Zaragoza la noticia de la abdicación de Carlos IV y Fernando VII en favor de Napoleón. El pueblo aragonés se puso en pie frente a los ejércitos de Napoleón y exigió del capitán general Guillelmi la entrega de las armas que se guardaban en la Aljafería. Y más aún, le destituyó de su cargo y proclamó a José Palafox para sustituirle.

En esta gesta gloriosa e inmortal, en la que a todos los que participaron se les tiene que dar el bien merecido título de “héroes”, queremos reseñar en este artículo el protagonismo que tuvieron los conventos de la ciudad, y en especial, los de franciscanos y capuchinos, al igual que la postura valiente de los religiosos.

### **Cada convento, una ciudadela.**

La ciudad de Zaragoza contaba por aquella época con unos 55.000 habitantes aproximadamente, y los franceses no la consideraban como una plaza demasiado fuerte para apoderarse de ella. Sus defensas eran principalmente los ríos Ebro y Huerva. Las murallas de la ciudad tenían ocho puertas de escasa consistencia y la fuerza artillera de que disponía la plaza era muy inferior a la francesa.

Una de las más potentes defensas de la ciudad fueron los conventos de religiosos y religiosas. Dice Belmás: “Los palacios, conventos y principales edificios habían sido transformados en verdaderas ciudadelas, y estaban ocupados por guarniciones provistas de armas, víveres y municiones”<sup>1</sup>.

Por aquel entonces, eran muy numerosos los conventos de la ciudad. El censo del año 1723 señala que el clero regular de Zaragoza estaba formado por 40 monjes, 806 frailes y 181 religiosos dedicados a la enseñanza, que suman en total 1.027. Y el número de religiosas alcanzaba la cifra de 475. Entre los conventos destacaban los de Franciscanos, Carmelitas, Agustinos, Trinitarios, Capuchinos, Dominicos, Mercedarios, Mínimos, y Jesuitas. Y entre los monasterios de religiosas, los de Bernardas, Clarisas de Jerusalén y de Santa Catalina, Dominicas, Agustinas, Carmelitas, Clarisas Capuchinas, Colegio de las Vírgenes, Santa Mónica etc...<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> VARIOS. *Los Sitios de Zaragoza. A los Héroes de la Independencia. Homenaje de los Generales Franceses y Españoles.* Madrid, 1908, Pág. 240.

<sup>2</sup> MAISO GONZÁLEZ, J. Y BLASCO MARTÍNEZ, Rosa M<sup>a</sup>. *Las estructuras de Zaragoza en el primer tercio del siglo XVIII,* Zaragoza, Pág. 235-240.

Además de las dos basílicas de El Pilar y La Seo, Zaragoza tenía 25 monasterios, 16 conventos de monjas y más de 70 iglesias menores, junto con los seminarios y la gran facultad de teología de la pequeña universidad, que había sido fundada en la Edad Media.

Cuando llegó la hora cumbre de defender la ciudad de Zaragoza contra las tropas francesas, los conventos se pusieron al servicio del pueblo zaragozano y sus ejércitos. Como cuenta Raymond Rudorff:

Al otro lado de las murallas se encontraban situados, de este a oeste, cuatro importantes edificios monásticos: el de la Orden de los Agustinos Descalzos; el de los Padres Trinitarios y el de los Capuchinos, estas tres Órdenes alineadas entre el castillo de la Aljafería y el recodo del río Huerva; y hacia el Ebro, en el lado este de la ciudad, se hallaba el monasterio de San José, que disponía de un puente sobre el Huerva y tenía acceso a la Puerta Quemada.

Los defensores se contentaron con fijar sus posiciones a lo largo de la línea de murallas, y convertir cierto número de sólidas construcciones en puestos fortificados... Estos edificios eran, vistos de este a oeste, los siguientes: los conventos de San Agustín y Santa Mónica; el histórico e imponente monasterio de Santa Engracia, con su gran iglesia, sus múltiples reliquias y tesoros artísticos; la Torre del Pino, una enorme casa que encerraba un jardín en un saliente entre Santa Engracia y la puerta del Carmen; el convento de la Encarnación; el Hospital y asilo de la misericordia y el largo Cuartel de artillería, que disponía de dos pisos y quedaba inmediato a la puerta e iglesia del Portillo<sup>3</sup>.

Cada uno de estos conventos tiene su epopeya histórica, pero nos vamos a detener a narrar las gestas realizadas por los Conventos de Capuchinos y Franciscanos.

## I. EL CONVENTO DE CAPUCHINOS.

Uno de los protagonistas en la defensa de Zaragoza en la batalla de Los Sitios por la parte sur fue el Convento de los Capuchinos. Los religiosos consiguieron la Licencia de fundación del Arzobispo de Zaragoza Don Alonso de Gregorio, que se hallaba de visita pastoral en la Almunia de Doña Golina. Desde esta población les concedió la licencia el 12 de mayo de 1598<sup>4</sup>.

Estos frailes, hijos de San Francisco de Asís, llegaron por primera vez a la ciudad de Zaragoza el 13 de mayo de 1598, instalándose provisionalmente en el antiguo Colegio de las Vírgenes. Y el 11 de diciembre de ese mismo año, comenzaron la construcción del nuevo Convento, edificado fuera de las murallas de la ciudad, a unos 300 metros de la famosa puerta del Carmen, en lo que hoy es la Avenida de Hernán Cortés.

El convento de Zaragoza fue el primero que fundó la Orden Capuchina en esta región aragonesa. La primera piedra del nuevo Convento Capuchino, situado extramuros, cerca de la Puerta del Carmen, se colocó el 11 de diciembre de 1598, en presencia de numeroso público de la ciudad. Juntamente con la primera piedra, se colocó esta inscripción:

Para gloria de Dios Todopoderoso y de la Virgen Santísima del Pilar, debajo de la tutela del precursor San Juan Bautista, reinando en España el rey católico Don Felipe III nuestro Señor, y ocupando la silla Apostólica el Santísimo Padre nuestro Clemente VIII, en el año séptimo de su pontificado, siendo Arzobispo de Zaragoza y presidiendo a la acción el ilustrísimo Sr. Don Alonso Gregorio, asistiendo así mismo el Rvdo. P. Fray Luis de Valencia, Presidente del Monasterio, que ha de edificarse a costa de Don Juan de Morales Infanzón, se bendijo esta piedra el año 1598, y se echó en los cimientos del edificio<sup>5</sup>

Según dicen los Anales Capuchinos, la construcción del convento “acabóse en dos años, y entonces el Fundador del mismo, D. Juan de Morales, se fue a vivir con los religiosos, donde, renunciando a los cuidados del siglo y haciendo una vida ejemplar durante cuatro años, vino a

---

<sup>3</sup> RUDORFF, Raymond: “Los Sitios de Zaragoza 1808-1809 Barcelona, 1976, Pág. 78

<sup>4</sup> Se halla copia de la chancillería en el Archivo de la Diputación de Zaragoza, Registro de actos comunes 1597-1602, sin folio.

<sup>5</sup> “Annales Capuchinorum”... Vol. II Lugduni, G. Boissat, 1639, p. 601 (Título abreviado).

morir felizmente en edad ya decrepita, y fue enterrado en la bóveda de los frailes”<sup>6</sup>. El convento estaba dedicado a San Juan Bautista y su sello representaba la imagen del Santo en actitud de administrar el bautismo.

Una de las intervenciones más heroicas de los Capuchinos tuvo lugar con ocasión de la terrible peste que azotó la ciudad de Zaragoza en 1652. Las autoridades pidieron a los Capuchinos que les dejaran el convento para convertirlo en hospital, a lo cual accedieron gustosamente, llenos de caridad para con los enfermos. La enfermedad era muy contagiosa, pero los Capuchinos se dedicaron a prestar toda clase de ayuda a los apestados. Entraban en las casas, y tras quemar ropas y enseres para evitar el contagio, cargaban sobre sus hombros a los apestados y se los llevaban al convento, convertido en hospital.

Dice el historiador Josa María Lacarra que “de unos 4.000 enfermos recogidos que entraron en el hospital de capuchinos, murieron más de 2.500. A no ser por estos religiosos, hubiera perecido sin duda alguna media ciudad, porque fue un milagro el haber hecho estos frailes, en tan poco tiempo, tantas cosas en favor del pueblo zaragozano”. Según las estadísticas, la peste produjo 7.000 muertos, cuando Zaragoza no contaba más que con 30.000 habitantes. Los 2.500 que murieron en el hospital de Capuchinos fueron enterrados en el cementerio de los frailes y en la inmensa huerta que poseían.

Según el censo de 1723, el Convento de Capuchinos contaba con 40 religiosos y 20 pelaires. Por lo cual se deduce que los Capuchinos tenían instalada una pequeña industria textil. La profesión de pelaire destaca como la más representativa entre las que se ocupan de la lana. El oficio consistía en cardar la lana, dejándola limpia.

### **Los Capuchinos en el Sitio de Zaragoza.**

El Convento de Capuchinos estaba situado fuera de las murallas, muy cerca de la Puerta del Carmen, en un lugar solitario, rodeado de huertas y olivares. Cuando los zaragozanos se enteraron de que los franceses mandados por Verdier y Lefebvre-Desnouettes, se dirigían a la ciudad, después de pasar victoriosos por Tudela, Mallén y Alagón, el convento de capuchinos quedó convertido en un “fuerte” poderoso para hacer frente al enemigo.

En el “Diario” de Casamayor sobre “Los Sitios de Zaragoza”, aparecen algunas breves noticias sobre la suerte que corrió este convento. La primera y gran batalla para defender la ciudad se desarrolló el 15 de junio de 1808, y el cronista Grandmaison la describía así:

Al pie de un convento de capuchinos, en los olivares y en los huertos, nuestros infantes viéronse detenidos, puestos en jaque, y por fin rechazados. Todavía duraba el combate al caer de la tarde, y, con asombro de los oficiales franceses, era preciso confesar que el asalto a viva fuerza había fracasado. Sobre las cercanas colinas, los vivaques encendían tristemente sus hogares: unos treinta prisioneros faltaron a la lista; los heridos y los muertos eran numerosos. Por la noche se oía, a través de las arboledas y bosquecillos, el cantar de los españoles: y esto, no porque dejaran de tener que enterrar ellos también cerca de 300 cadáveres. Mas como habían detenido la marcha de una tropa, sorprendida al verse vacilante, y como no lo habían perdido todo, se juzgaban vencedores.<sup>7</sup>

El austero Convento de Capuchinos, impregnado a lo largo de los años de místicas plegarias perfumadas de incienso, ahora olía a sangre y a gritos patrióticos de defensa. Pero los ataques más violentos contra el sacro convento tuvieron lugar el 10 y 11 de julio de 1808. Cuenta Casamayor en su “diario”:

**Día 10 de julio:** Esta noche pasada tiraron los enemigos algunas granadas, pero sin causar daño, y por la mañana, hubo algún tiroteo, habiéndose introducido algunos en el Convento de Capuchinos, en donde ejecutaron sus acostumbradas piraterías... Por la tarde incendiaron el convento de capuchinos, cuyos religiosos sacaron el Santísimo y ornamentos y se vinieron al Colegio de San

---

<sup>6</sup> Ibidem.

<sup>7</sup> CASAMAYOR Y ZEBALLOS, F.: “Los Sitios de Zaragoza”. Diario. Zaragoza, 1908, p. 42.43

Pedro Nolasco, causando lástima ver trasladar las Santas Imágenes en hombros de los pobres religiosos.

**Día 11 de Julio:** Por la noche se introdujo el enemigo en el convento de capuchinos y dio fuego a toda la iglesia<sup>8</sup>. [De esta forma, el convento de capuchinos pasó ya a ser refugio de los enemigos y lugar desde el que organizaban sus ataques de cara a la conquista de la ciudad].

**Día 15 de julio:** Los enemigos que estaban en las ruinas de los Capuchinos nos hicieron un fuego muy vivo, al que correspondimos, y habiendo tenido noticia de que intentaban hacer una mina desde dicho convento para volar la ciudad, hubo Junta de Ingenieros, los que determinaron hacer una zanja hasta el agua que corriese por todo su frente, a cuyo fin se mandó por bando acudiesen todos los albañiles y carpinteros, cuberos y canteros<sup>9</sup>.

Así pues, en este primer ataque de los Sitios de Zaragoza, el convento de capuchinos quedó derruido por las bombas e incendiado por los franceses, después de varios días de intensa batalla.

### **Destino final del Convento.**

El Convento fue destruido completamente en la Guerra de la Independencia. Allí se perdieron entre las llamas, no sólo la construcción del edificio, sino algo muy valioso, como fue todo el Archivo Provincial de los Capuchinos, con sus libros de actas, crónicas, legajos, cartas, etc. El 30 de septiembre de 1813 escribía el Administrador General de Rentas de Zaragoza: "Del convento de capuchinos no quedan más que las ruinas, por donde se conoce el sitio donde estuvo"<sup>10</sup>.

Restablecido el gobierno legítimo, los religiosos ocuparon provisionalmente una casa de la pertenencia del Duque de Híjar en la Plaza de San Pablo, frente a la iglesia de este nombre, donde construyeron una reducida iglesia. Posteriormente, con el auxilio de algunos bienhechores, reedificaron el antiguo convento, al que se trasladaron en 1830.

Poco duró la alegría en el nuevo convento reedificado, ya que en 1835 apareció la Ley de Desamortización que obligaba a los religiosos a ser exclaustrados.

Al principio, el Convento Capuchino se fortificó como puesto avanzado, muy propicio para la defensa de la ciudad, y más tarde, se utilizó como Cuartel de Infantería, conocido popularmente hasta hace unos años por el Cuartel de Hernán Cortés, situado en la Avenida Hernán Cortés 33.

Recientemente, al desaparecer el Cuartel de Infantería, el edificio, antiguo convento, fue derruido y en el solar se construyeron viviendas.

## **II. CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.**

La fundación del Convento de San Francisco de Asís de la Orden de los Hermanos Menores data del siglo XIII. El diligente analista de Aragón, Jerónimo Zurita, dice refiriéndose a la fundación del mismo:

Con estos (los franciscanos), vino un gran religioso, que fue Maestro General de su Orden, después de la muerte de San Francisco, que se llamó Fr. Juan Parente de Florencia, y llegó a esta ciudad por la fiesta de la Asunción de nuestra Señora del año 1219, y aquel día se presentaron ante el Obispo y Canónigos de la iglesia de San Salvador y de Nuestra Señora del Pilar, y ante los Jurados de la ciudad. Fue grande el concurso y admiración de todo el pueblo, cuando vieron a aquellos religiosos, que en su hábito y conversación representaban una santa simplicidad y gran aspereza de vida con menosprecio de las cosas del mundo, porque venían vilmente vestidos de sacos y cilicios y

---

<sup>8</sup> CASAMAYOR, o. c. p.87-89

<sup>9</sup> CASAMAYOR, o. c. p. 95

<sup>10</sup> Archivo Histórico Nacional, "Consejos", legajos 12.029, sin folio, 2º bloque.

descalzos. Y entendiendo que correspondía su Religión y doctrina católica con la profesión, fueron recogidos universalmente, con gran devoción de los mayores y menores<sup>11</sup>.

Siguiendo el mandato de San Francisco de Asís de que sus frailes tuvieran sus moradas en lugares pobres y fuera de la población, la primera residencia de los Franciscanos fue a 300 metros de la muralla, en la Puerta de Valencia, hoy Plaza de la Magdalena, donde existían unas pobres casas, refugio de mendigos. En este lugar que llamaban de La Morería, el día 18 de agosto de 1219 se fundó el primer convento franciscano. La primera misa que se cantó allí fue el día 28 de agosto, festividad de San Agustín. Tiempos más tarde, este convento lo ocuparían precisamente los PP. Agustinos, donde tuvieron lugar sangrientos ataques en los Sitios de Zaragoza.

Sin embargo, no estuvieron demasiados años los franciscanos ocupando este lugar que ofrecía sus dificultades por ser de espacio reducido y porque no tenía condiciones higiénicas, ya que en tiempos pasados hubo en ese terreno un cementerio de mahometanos. Por lo cual, consiguieron de las autoridades eclesiásticas el cambio de residencia. La traslación al nuevo convento se efectuó el 1 de mayo de 1286, y en este asunto fueron muy favorecidos los frailes por el infante Don Pedro, cuyo confesor era un sabio religioso del mismo convento, llamado Fray Romeo Ortiz.

Al día siguiente de haberse trasladado los Frailes Menores para su nuevo convento de Zaragoza, el Infante, imitador del piadoso emperador Constantino, condujo sobre sus hombros algunas espuelas de tierra para la construcción del edificio, y el día 11 de mayo de 1287, abiertas ya las zanjas, colocó con sus augustas manos la primera piedra de la iglesia, con cuyo motivo tuvo lugar una gran solemnidad,

El Obispo de Zaragoza, Don Hugo, se encargó de facilitar a expensas suyas, los utensilios necesarios para el divino culto. Por este tiempo fue enviado Don Hugo a Roma, con objeto de entablar paces con el Papa, indispuesto con los monarcas de Aragón, a causa de los asuntos de Sicilia. Y en esta ciudad falleció, pero sus restos mortales, por mediación de Fr. Romeo Ortiz, Provincial de los Franciscanos de Aragón, fueron trasladados a la iglesia del Convento de San Francisco de Zaragoza, donde permanecían en un suntuoso sepulcro de mármol blanco con estatua yacente vestida de hábitos episcopales<sup>12</sup>.

El convento estaba situado dentro del casco urbano de la ciudad, formando parte del llamado sector de San Gil. Este sector comprendía diversos edificios religiosos: Además de su iglesia parroquial, los conventos de San Francisco, San Felipe Neri, Santa Fe, las Recogidas, Santa Rosa, y los colegios de San Diego, Santo Tomás de Villanueva y el de las Vírgenes<sup>13</sup>.

El célebre analista de Aragón, Jerónimo Zurita, dice del convento de San Francisco: "Es de los más insignes de la cristiandad". Y con los siglos, se fue convirtiendo en uno de los centros más populares de la vida religiosa de la ciudad.

La iglesia era de una nave gótica que medía 96 metros de larga por 18 de ancha. Y en esta iglesia celebraban sus festividades las cofradías y gremios: los sastres y calceteros honraban a San Antonio de Padua; los maestros albañiles, a San Esteban; los comerciantes de tejidos tenían por patrona a Santa Eulalia. También se veneraba allí a Nuestra Señora de los Angeles o de la Porciúncula, reina de la Orden Franciscana. Y en una capilla propia, la imagen del Cristo de la Cama de la Hermandad de la Sangre de Cristo.

El convento de San Francisco es punto de referencia a muchos hechos históricos de Zaragoza:

- De la iglesia de San Francisco salía la solemne procesión del Santo Entierro el día de Viernes Santo, acompañada de diversos "Pasos" procedentes de las iglesias de la ciudad.

---

<sup>11</sup> ZURITA, Jerónimo: "Anales de la Corona de Aragón", Zaragoza, p. 166-167. Tomo I, folio 108-109.

<sup>12</sup> "Annales Minorum", Roma, 1278, nº XXXVII

<sup>13</sup> BLASCO MARTÍNEZ, Rosa M<sup>a</sup>: "Zaragoza en el siglo XVIII", Zaragoza, 1977, p. 41-43 BLASCO MARTÍNEZ, Rosa M<sup>a</sup>: "Zaragoza en el siglo XVIII", Zaragoza, 1977, p. 41-43

- En este convento, al anochecer del día 25 de septiembre de 1469, se trató y quedó casi decidida la boda inmediata, urgente y peligrosa de Don Hernando de Aragón con Doña Isabel de Trastámara.
- Famosos personajes fueron enterrados en este convento de San Francisco, como el fundador del convento, don Pedro, hermano del rey don Jaime II, así como la madre del rey Don Pedro IV el Ceremonioso; Doña Teresa de Enteza y sus hijos, Isabel y Sancho. Allí también fue enterrado, tras haberlo trasladado del cadalso, levantado en el arco de Toledo, en donde fue decapitado, el joven Justicia de Aragón don Juan de Lanuza.

### **El Convento de San Francisco en los Sitios.**

A la hora dramática de la Guerra de la Independencia, el Convento de San Francisco que ocupaba un gran terreno con su huerta, iglesia y numerosas habitaciones y dependencias, capaz de albergar diariamente a 100 religiosos, se convirtió en una verdadera ciudadela. Fue el refugio de cientos de personas que abandonaban sus casas, huyendo del peligro de las bombas. Y fue la casa de los sin techo, de aquel gran número de familias que se quedaron en la calle, al ser derruidas sus viviendas por los enemigos. Los cronistas de Los Sitios aluden con frecuencia a la importancia que tuvo este convento de San Francisco. Dice Casamayor:

**Día 4 de agosto de 1808:** Este día es el que será memorable para la ínclita Zaragoza en todas las posteridades... Se hicieron dueños del convento de San Francisco y del Hospital en el que habiendo cometido cuanto de malo pueda imaginarse, nos hicieron desde estos dos puntos tanto fuego que a penas se podía respirar, pues apoderados de la torre y vistillas de San Francisco, cuadras e iglesias del Hospital donde formaron viseras, no dejaban pasar a persona alguna sin tirarle, y a pesar de tanta furia de fuego, no faltaron valientes patricios que despreciando sus vidas, hicieron frente al enemigo, causándoles mucho daño y muertos<sup>14</sup>.

**Día 5 de agosto de 1808:** Amaneció el día y prosiguió el bombardeo como el anterior, y los robos y asesinatos en los barrios ocupados por ellos con el mayor furor, destrozando el Santo Hospital, quemando el granero y matando a los hermanos dementes que lo guardaban, y cometiendo cuanto su indignidad les sugería. Como también el convento de San Francisco, en cuyas gradas del Coso estaban tendidos los cuerpos de nueve religiosos muertos el día anterior, sin poder acercarse nadie a darles sepultura por el vivo fuego que de la puerta, torre y alturas del mismo y del Hospital, continuamente estaban haciendo a cuantos se presentaban<sup>15</sup>.

La única forma de combatir a los franceses y sacarlos de estas dos grandes fortalezas donde estaban cobijados, el Hospital y el Convento de San Francisco, fue el incendio de estos edificios. El 12 de agosto de 1808, "se incendió el interior del Hospital, donde quedaron tan solo algunos franceses, e igualmente el Convento de San Francisco, en cuya iglesia tenían colocado un cañón"<sup>16</sup>.

El día 14 de agosto llegó la noticia de la Batalla de Bailén y los napoleónicos se retiraron de Zaragoza. Uno de ellos resumió así el espíritu de los defensores de las últimas jornadas: "Los sitiados se defendían con un encarnizamiento sin ejemplo. No podíamos avanzar sino pegando fuego a todo, caminando de casa en casa, perforando muros para establecer comunicaciones y hacer nuevas aspilleras. Sucedió a menudo que, al derribar un tabique, se encontraba detrás al enemigo, que seguía defendiéndose a la bayoneta"<sup>17</sup>.

Zaragoza se preparó durante unos meses para hacer frente con valor y energía al segundo Sitio, que dio comienzo el 20 de diciembre de 1808, con la aparición de los franceses delante de la ciudad, ocupando inmediatamente el monte de Torrero.

---

<sup>14</sup> CASAMAYOR, o. c. Pág. 120

<sup>15</sup> CASAMAYOR, o. c. Pág.122.

<sup>16</sup> CASAMAYOR, o. c. Pág. 143

<sup>17</sup> BELTRÁN MARTINEZ, Antonio: "Zaragoza: 2000 años de historia", Zaragoza. Pág. 165

En este segundo sitio, la suerte del Convento de San Francisco fue peor. Los enemigos quisieron acabar con él y fue un acontecimiento memorable e histórico que todos relatan, la voladura del convento. El hornillo que la produjo contenía 3.000 libras de pólvora. La terrible explosión lanzó a enorme altura una gran parte del convento y del claustro, cuyos restos cayeron en el inmenso cráter.

Una columna se dirigió al asalto, creyendo a los españoles amedrentados por la explosión. Pero al contrario, ante la enormidad del desastre, aumentó el coraje de los zaragozanos, y con renovada firmeza, siguieron disputando el terreno palmo a palmo. Había quedado en pie el campanario. Unos paisanos subieron a él, pasaron a la bóveda de la iglesia e hicieron agujeros, por los cuales fusilaban y echaban bombas y granadas a los intrusos. Dice Lejeune, comentando la voladura del Convento de San Francisco:

Rara vez ha presentado la guerra un cuadro más espantoso que el de las ruinas del Convento de San Francisco durante el asalto y en los momentos que le sucedieron. "No solamente la violenta explosión destruyó la mitad del convento y las cuevas, en las que muchas familias se creían en seguridad contra el bombardeo, sino que hizo perecer a 400 obreros y defensores, entre ellos, toda una compañía de granaderos del regimiento de Valencia.

La tierra de los jardines de Fuentes, todo el terreno de los alrededores, y los techos, presentaban el horrible espectáculo de estar cubiertos de restos humanos. No se podía dar un paso sin tropezar con miembros desgarrados y palpitantes. Un gran número de manos y de fragmentos de brazos separados nos indicaban toda la enormidad de la catástrofe.

La explosión había hecho una gran brecha a un lado del muro, cerca de la puerta mayor... Cuando penetramos por la brecha, los españoles entraban ya en la iglesia por la sacristía. Se parapetaban en medio de los escombros, detrás de bancos, sillas, confesionarios volcados; hasta las reliquias y los ataúdes, exhumados de sus cuevas por la explosión, todo les servía de barricada para combatir.

Una lluvia de balas caía sobre nosotros por todas partes. Las más mortíferas partían de las tribunas y galerías altas, especialmente de las pequeñas aberturas de uno de los grandes pilares al lado del coro, en donde estaba situada la escalera del campanario<sup>18</sup>.

Merece especial mención el gesto heroico, semejante al de Agustina de Aragón, el que protagonizó una mujer zaragozana, María Blánquez, al intentar liberar la imagen del Cristo de la Cama de esta iglesia de San Francisco. Se lanzó valientemente al interior del templo y, en medio de llamas y disparos, entre sangrientas bayonetas francesas y los dolorosos quejidos de los heridos y moribundos, ahogada por el humo y el polvo, ayudada por cuatro labradores, logró rescatar la sagrada imagen del Cristo de la Cama. Sin temor, entre los dos fuegos, lograron sacarla a la plaza y trasladarla al palacio arzobispal. La imagen presentaba huellas de siete balazos y señales de haber sido pinchada por las bayonetas.

Finalmente, la imagen fue trasladada al Pilar, entre encendidos fervores y cánticos de los zaragozanos, a su paso por las calles de la ciudad. Cerca de un año permaneció la sagrada imagen en el Pilar, hasta que en solemne procesión fue depositada en la iglesia de Santa Cruz, y después, fue llevada a la real capilla de Santa Isabel.

Al establecerse canónicamente en esta iglesia la Real Hermandad de la Sangre de Cristo, esta sagrada imagen continua venerándose en dicho templo. Es una talla del Siglo XV de desconocido escultor.

## **Desaparición del convento**

La Ley de Desamortización de Mendizábal en 1835, prescindió de guardar gratitud, ni aun respeto, ni un buen recuerdo, a aquel convento de San Francisco y a sus religiosos, que tanto bien hicieron a los zaragozanos.

Una parte del convento se convirtió en casa de vecinos, un buen trozo en plaza y el resto en Casa de la Diputación en 1835, cuando al amparo de la ley orgánica comenzaron a organizarse las

---

<sup>18</sup> "Los Sitios de Zaragoza", Homenaje a los Generales, o. c. Pág. 250-251

diputaciones provinciales. Esta parte ocupada por la Diputación fue reconstruida por una fachada fea, rematada por un friso del cual salían unos pináculos a modo de flameros.

También fue borrada de la memoria el nombre de la “Plaza de San Francisco”, colocándose en 1856 la placa con el nombre de la Constitución; nombre que perduró hasta el año 1939, en que comenzó a llamarse Plaza España, como hoy la conocemos.

En la fachada del actual Palacio de la Diputación Provincial de Zaragoza, situado en la Plaza España, está colocada una lápida desde el año 1926, en recuerdo del VII Centenario de la muerte de San Francisco de Asís. Es una piedra arenosa bordeada por una moldura que representa el cordón franciscano y cuya inscripción dice así:

Aquí fue desde el mismo siglo XIII el Convento de Frailes Menores que dio nombre a esta Plaza de San Francisco. La piedad franciscana, en el VII Centenario de la muerte del Santo, consigna esta memoria.

### **III. CONVENTO FRANCISCANO DE NUESTRA SEÑORA DE JESÚS.**

En el Arrabal, próximo al Convento de San Lázaro, la Orden Franciscana de los Hermanos Menores tenía el Convento de Nuestra Señora de Jesús. Fue fundado en 1447. Estaba situado en el sector de Altabás o del Arrabal, típico barrio, en el extremo opuesto del Puente de Piedra. Este barrio surgió con marcado carácter campesino e industrial. Los tintes, el “Rastro” o matadero municipal, y los molinos harineros resumen la triple dedicación de sus habitantes. En el siglo XVIII la mayoría de los vecinos se dedicaban a tareas campesinas, y otro buen grupo desempeñaban los oficios de blanqueros, pelaires, albéitares y alpargateros. Además de la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de Altabás, existían en la demarcación del Arrabal los conventos de Jesús y de San Lázaro, los cuales desempeñaron un buen papel de defensa de la ciudad en la Guerra de la Independencia.

Según el censo de Zaragoza efectuado en 1723, el Convento Franciscano de Nuestra Señora de Jesús tenía 66 religiosos. Era, por tanto, un convento importante, que animaba la fe del barrio de Altabás, con su presencia pobre y humilde, al estilo de Francisco de Asís.

La toma y destrucción de este Convento tuvo lugar en el segundo sitio de Zaragoza. El escritor Raymond Rudorff nos relata este episodio, con tonos trágicos y lúgubres.

A partir de final de enero, los hombres de Gazan habían estado abriendo trincheras y emplazando baterías desde las cuales atacar el Arrabal. El objetivo inicial era el solitario monasterio de Jesús. A pesar de su posición desguarnecida, los zaragozanos decidieron defenderlo con 200 hombres y dos cañones.

A las ocho de la mañana del día 8 de febrero, veintidós cañones abrieron fuego contra el Monasterio y el Arrabal. Dos horas más tarde, los cañones del veinticuatro habían logrado hacer grandes brechas. Las compañías de asalto salieron corriendo de las trincheras y penetraron en el edificio sin ninguna dificultad, mientras los frailes y muchos hombres de la guarnición se retiraron precipitadamente.

Después que hubiera sido desalojado de defensores todo el Monasterio y registrado de una parte a otra en busca de tiradores furtivos, sus nuevos ocupantes comenzaron a abrir una trinchera de comunicación para unir el monasterio con las principales trincheras.

Daudevard de Fesusac se encontraba entre los nuevos ocupantes, al igual que Lejeune, quien fue a inspeccionarlo tras su captura. Estaban sumamente impresionados. El Monasterio había sido utilizado como hospital, y las celdas, claustros e incluso la iglesia se veían llenos de muertos y de hombres y mujeres moribundos. Más de 200 cuerpos listos para ser quemados, yacían amontonados en medio del claustro principal. Después que los franceses encendieran esta hoguera humana, los soldados trataron de evitar el olor a carne quemada, metiéndose en los mas recónditos lugares del Monasterio“.

Tanto Daudevard como Lejeune hallaron el camino de la gran biblioteca del Monasterio. Los soldados arrancaban hojas de los misales y manuscritos antiguos para utilizarlas como antorchas. En este fulgor, un zapador encontró un crucifijo de oro macizo que pesaba casi medio kilo. Los oficiales y hombres más cultos examinaron las estanterías, descubriendo finas ediciones de la biblia, una colección de la Enciclopedia Francesa (oficialmente prohibida por la Inquisición), libros de historia y

ciencia, ediciones de poesía griega y latina extraordinariamente raras y maravillosamente impresas, así como manuscritos medievales con miniaturas entre una masa de místicas, sentimentales y supersticiosas obras religiosas y vidas de santos. En tanto que algunos soldados las hojeaban con detenimiento, otros las barrían de las estanterías y las sacaban fuera como combustible para las hogueras.

Lejeune y Daudevard se acercaron a explorar las criptas. Los monjes que habían fallecido se encontraban en catacumbas con los nichos incrustados en los muros, cubiertos con el hábito de la Orden, antes de ser encerrados detrás de placas de mármol, en las que estaban grabados sus nombres. La angustia de Lejeune aumentó mientras contemplaba el inmenso mausoleo: "Mirábamos meditativamente a los monjes que habían fallecido o bien resultaron muertos durante el Sitio, y a quienes la falta de tiempo había impedido que fueran encerrados en sus sepulcros, y no podíamos evitar la impresión que nos causaba este triste espectáculo. Guardábamos silencio. Cada uno parecíamos estar pensando: ¿Por qué perturbamos la paz de esta tumba? Mañana, quizás nosotros estaremos colocados en una. ¡Venga! Vayámonos a otro lugar a explorar las ruinas"<sup>19</sup>.

Con esta patética y conmovedora descripción terminamos la historia de este Convento Franciscano de Nuestra Señora de Jesús, que quedó completamente destruido con la Guerra de la Independencia. Aunque los hermanos franciscanos lo abandonaron definitivamente con la Ley de Desamortización, años más tarde volvieron a vivir en este barrio del Arrabal y continúan entregados a una labor parroquial y docente muy digna de elogio.

Estas breves pinceladas que hemos dedicado a describir la historia y el papel que desempeñaron en los Sitios de Zaragoza estos conventos franciscanos y capuchinos, son muy poco en comparación de lo que se podría relatar de otros tan célebres como el de San Agustín, los Trinitarios, etc.

#### **IV. HEROICA ACTUACIÓN DE RELIGIOSOS Y SACERDOTES EN LOS SITIOS DE ZARAGOZA.**

No queremos finalizar esta reseña sobre los Conventos y su papel en los sitios de Zaragoza, sin hacer resaltar el heroísmo patriótico de algunos sacerdotes y religiosos. Los hijos de San Francisco de Asís, el santo de la paz, tenían la consigna de su fundador de ser pacíficos y pacificadores. Pero también eran conscientes de que nunca puede haber paz sin justicia, y que luchar valientemente por la libertad y la independencia de Zaragoza era un noble deber, indispensable para que la paz reinase en los ciudadanos.

Espigando por los diversos documentos y crónicas que nos hablan de Los Sitios, aparece con frecuencia la aportación valiente de clérigos y religiosos en pro de la Independencia. Veamos algunos ejemplos. Una tarea en la que se emplearon muchos religiosos, labor humilde y silenciosa, fue la preparación de municiones para combatir el enemigo. Dice en su "diario" Casamayor:

**Día 9 de junio de 1808:** De orden de S. E. estuvieron los Dominicos, Franciscanos y Capuchinos haciendo cartuchos todo el día en la Casa de Misericordia, pasando de 3.000 los que hicieron en todo él<sup>20</sup>.

Y no sólo se contentan con esta cooperación sencilla, sino que los religiosos son los primeros en defender sus conventos desde sus ventanas y campanarios, e incluso salen a la calle con sus santos hábitos a luchar por la defensa de la ciudad. Este es el testimonio que nos dejó el mariscal Lannes, hablando de los religiosos:

¡Son terribles aquellos frailes! Los dos consejeros del marqués de Palafox han hecho más que él en la defensa de Zaragoza, inspirando a aquella población intrépida, que nos ha sido necesario derribar a cañonazos como si fueran murallas.

---

<sup>19</sup> RUDORFF, Raymond. O. c. Pág. 324-327

<sup>20</sup> CASAMAYOR, o. c. Pág. 34

¡Qué ciudadanos aquellos dos frailes y tantos otros como yo he visto, animando por todas partes al pueblo con crucifijo en la mano! Pero esto no les salvaba de las balas, y su muerte hacía frecuentemente la defensa más encarnizada y el martirio más ostensible<sup>21</sup>.

¿Cuántos murieron por defender sus conventos y la ciudad? No tenemos cifras, pero es elocuente lo que nos dice Casamayor de que en la puerta del Convento de San Francisco, “estaban tendidos los cuerpos de nueve religiosos muertos el día anterior, sin poder acercarse nadie a darles sepultura por el vivo fuego que de la puerta y torre” hacían los enemigos<sup>22</sup>. Y cuántos otros más que ignoramos. He aquí el ejemplo de valor que nos cuenta el francés Lejeune:

Un día, uno de estos sacerdotes de figura venerable, porte majestuoso y elevada estatura, avanzó hacia nosotros, atravesando los atrincheramientos del Arrabal, revestido de sus hábitos sacerdotales y llevando un crucifijo en la mano, marchaba con paso firme y grave, sin preocuparse de los peligros que le rodeaban. Llegado cerca de nuestros puestos avanzados, nos exhortó con voz sonora y segura, en nombre de la religión, a no atacar inútilmente una ciudad que la Santísima Virgen del Pilar tenía bajo su protección. Se le gritó repetidas veces para que renunciase a la peligrosa misión que se había impuesto, y sólo desistió, al oír varios disparos al aire que se le dirigieron<sup>23</sup>.

También resulta emocionante escuchar el relato que nos hace el mismo Lejeune, militante en el ataque de Santa Engracia.

Entáblase un combate terrible: sacerdotes, soldados, paisanos, mujeres y hasta niños se excitan mutuamente a disputarnos el terreno. Se defienden desde el zaguán hasta lo alto de las escaleras, de corredor en corredor, de habitación en habitación, atrincherándose en sacos de lana y hasta de montones de libros, haciendo por todas partes un fuego mortífero.

Uno de nuestros soldados polacos fue muerto por un sacerdote a golpes de crucifijo. Otro mató al capitán de Ingenieros Segond, joven distinguido que iba entre los asaltantes.

Otro, el famoso Santiago Sas, carmelita fornido, tan valiente capitán como fogoso predicador, que se había distinguido ya en el primer sitio, se alababa de haber matado a 17 franceses. Con el sable en la mano, desnudos los brazos, recogidos los hábitos, manchado de sangre de la cabeza a los pies, este furibundo recorría las filas y decía: “Imítadme y no quedará uno”<sup>24</sup>.

Entre los escombros encontramos el cadáver de otro sacerdote que aun conservaba en la mano el Copón con las sagradas formas, que valientemente había llevado a los moribundos en medio de aquella carnicería, a fin de que la esperanza de obtener los auxilios espirituales sostuviese hasta el fin la energía de los vivos<sup>25</sup>.

## Conclusión

Con estas breves páginas no hemos hecho más que recordar el valor y heroísmo de un sector importante de la ciudad de Zaragoza, como era en aquella época los conventos y religiosos. Ellos, desde su fe cristiana y su amor a la libertad ciudadana se unieron a la gloriosa gesta que Zaragoza escribió con sangre en los sitios. En los corazones de todos los zaragozanos estaba latente el mismo sentimiento que un día expresó Palafox cuando Moncey le ofreció capitular: “No sé rendirme, después de muerto hablaremos de eso”.

Pero al finalizar este trabajo, me gustaría poner de relieve algo muy importante que no se debe olvidar. Yo diría que la raíz de ese valor y heroísmo se alimentaba en una profunda fe y confianza en la Virgen del Pilar.

---

<sup>21</sup> “Los Sitios de Zaragoza”. Homenaje a Generales... o. c. Pág. 78

<sup>22</sup> CASAMAYOR, o. c. Pág. 122

<sup>23</sup> “Los Sitios de Zaragoza”. Homenaje a Generales... o. c. Pág. 253

<sup>24</sup> “Los Sitios de Zaragoza”, Homenaje a Generales... o. c. Pág. 254-255

<sup>25</sup> RUDORFF, Raymond... o. c. Pág. 304

Era todo el pueblo el que acudía a la Basílica del Pilar en las horas más dolorosas para pedir la protección de la Virgen. Quizás llegaron momentos en que las iglesias se cerraron, pero El Pilar siempre estaba abierto. Y una expresión de esta fe en la Virgen es la siguiente anécdota. A uno de los fuertes mas importantes se le denominó el “reducto del Pilar”. Y encima de su entrada se colocó la siguiente inscripción:

Reducto de la Virgen del Pilar, inconquistable debido a tan sagrado nombre. Zaragozanos: venced o morir por la Virgen del Pilar.

Y en medio de las batallas, con qué entusiasmo se cantaba aquella jota aragonesa, compuesta en esos días amargos de Los Sitios:

La Virgen del Pilar dice  
que no quiere ser francesa,  
que quiere ser capitana  
de la tropa aragonesa.

Y efectivamente, por capitana la tenían los zaragozanos, y hasta los altos jefes de mando, como el general Palafox. Cuando llegaron las noticias de que los franceses se acercaban a Zaragoza, Palafox, tras besar la mano de la Virgen del Pilar, salió a caballo, y recorrió las calles de la ciudad, sosteniendo en su mano una bandera blanca bordada con la imagen de la Virgen del Pilar. De esta forma, alentó y arengó a todos los aragoneses a la batalla.

Y el 13 de agosto, cuando Palafox veía ya seguro el triunfo del primer sitio, las campanas de la basílica del Pilar llamaron a los ciudadanos de Zaragoza a un solemne “Te Deum” de acción de gracias. Luego, el mismo Palafox encabezó la gran procesión que salió desde su palacio hasta la Basílica.

Finalmente, un signo más de la fe de Palafox en la Virgen del Pilar es el siguiente. Se enteró de que en aquellos momentos de peligro, la basílica había sido invadida por los zaragozanos, buscando refugio, y que en cierto modo, había sido profanada. Entonces, lleno de una santa ira, dio orden de que la iglesia fuese despejada, con estas palabras:

He sabido con gran emoción que el templo de Nuestra Señora del Pilar sufre una indecente profanación por parte de la gente que se ha refugiado allí: las capillas han sido convertidas en letrinas, la iglesia entera es un dormitorio, y la Santa Capilla parece ser un lugar de conversación más que de oración. Y aún peor: ayer freían sardinas en las escalinatas del Altar mayor delante del Santísimo<sup>26</sup>.

En definitiva, los religiosos, el pueblo y los altos generales, todos lucharon con heroísmo y con una fe inmensa en su Virgen. Es cierto que los franceses vencieron, pero como dijo el mariscal Lannes:

¡Qué guerra!, ¡Qué hombres! ¡Un sitio en cada calle, una mina bajo cada casa! ¡Verse obligado a matar a tantos valientes, o mejor, a tantos furiosos! Aquella guerra es horrible: se lo he escrito al Emperador; la victoria da pena...<sup>27</sup>

Ser derrotados con ese grado de heroísmo por parte de todos es un triunfo. Y repetimos, “La victoria da pena”.

---

<sup>26</sup> RUDORFF, Raymond, o. c. Pág. 304.

<sup>27</sup> “Los Sitios de Zaragoza”, Homenaje a Generales... o. c. Pág. 77